

LECCIONES DEL LARGO PEREGRINAJE DE LA ECONOMÍA LATINOAMERICANA

*Discurso del Excmo. Sr. Enrique V. Iglesias en el Acto de Investidura
como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Oviedo*

Quiero comenzar agradeciendo de forma muy especial este señalado honor que me confiere hoy esta Ilustrísima Universidad de Oviedo. Para mí es un honor señalado por más de un motivo. Primero, por provenir de una distinguidísima universidad, con casi cuatro siglos de historia, aportando a la formación de las jóvenes generaciones, generando conocimiento y contribuyendo al prestigio de esta tierra asturiana. Habiendo nacido en ella, ese honor se agranda infinitamente y es para mí una distinción que quiero reconocer desde lo más profundo de mi corazón. Es una distinción, además, porque proviene de una universidad. Yo soy egresado de la Universidad de la República Oriental de Uruguay. Soy egresado, por tanto, de la Universidad Iberoamericana.

Para nosotros, los iberoamericanos, la universidad tiene un sentido que a veces es poco conocido en otros ámbitos distintos a los nuestros. La Universidad Iberoamericana llega a tierras de América antes que la escuela. Menos de 50 años tras el Descubrimiento ya se fundan universidades en Santo Domingo, San Marcos, México. Esa universidad fue de alguna manera el punto focal donde se concentró la transmisión de los conocimientos, primero en derecho y en teología; luego llegaron las ciencias, y fue la puerta de entrada de la modernización en nuestra región. También ahí se fueron gestando los movimientos críticos que luego darían lugar a los líderes de la independencia de nuestras repúblicas. Durante todo el periodo de la construcción de nuestras nacionalidades, la universidad en Iberoamérica sintió un compromiso muy especial con el destino de nuestras patrias. Es muy difícil entender y explicar muchos de los fenómenos económicos, sociales y políticos de nuestros países si no se hace referencia a la historia de nuestras universidades. Por eso, cuando uno habla de la universidad en Iberoamérica, está hablando de un puntal fundamental, de instituciones que, como aquí, han asumido una tarea; son herederas directas de estas universidades ancestrales. Han contribuido a crear conocimiento, a formar cuadros; pero han contribuido también

de forma muy importante a transmitir los valores, sin los cuales una sociedad no tiene realmente sentido. Por eso, para nosotros y para mí personalmente recibir de esta prestigiosa universidad –de esta universidad tan unida al destino: al pasado, al presente y al futuro de esta tierra asturiana– es un honor que mucho quiero agradecer.

He pensado dejar con Uds. en el día de hoy algunas reflexiones que mi querido amigo y padrino académico acaba de tocar en alguna de sus palabras. Es este largo peregrinaje de ideas y de praxis de la economía que hemos vivido en Iberoamérica en los últimos 100 años o más. No creo que haya habido ninguna otra región del mundo en desarrollo donde se haya dado un laboratorio de las características que tuvo América: realmente, experiencias de todo tipo, que oscilaban de un extremo al otro fueron experimentadas en nuestra región con vigor: con grandes aciertos, pero también con grandes errores. Y al reflexionar sobre estas experiencias lo hago desde una serie de vivencias que he tenido, que la vida me ha dado –muy generosamente–, por cuanto he conocido estas experiencias desde el mundo académico, desde la docencia, desde el sector privado, desde la participación como miembro de mi Gobierno en el Uruguay, y más tarde en una ya larga y prolongada vida internacional.

He conocido tres grandes épocas en esa experiencia. Conocí la década de los 50 y 60, en las que me formé y empecé a trabajar en mi país, que yo llamaría la época del gran descubrimiento de la realidad de nuestras economías. A esas dos décadas siguieron otras dos décadas, que fueron las décadas de la crisis del modelo y el paradigma Cepalino, y que fue en cierta manera el gran despertar a la realidad internacional. Y por último terminamos con la década de los 90 –fin de los 80 y principios de los 90– donde podemos decir que tuvo lugar la gran ilusión, la gran ilusión de la globalización: gran descubrimiento, gran despertar, gran ilusión.

1. EL GRAN DESCUBRIMIENTO DE LA REALIDAD DE NUESTRAS ECONOMÍAS

Todas ellas fueron dejando en mí y en las experiencias que he vivido, de alguna forma, lecciones que se fueron consolidando a través del tiempo para ir perfilando eso que he llamado el peregrinaje en la búsqueda infatigable de por qué el subdesarrollo y cómo salir de él.

En los años 50 y 60 recibimos los jóvenes del momento el enorme impacto que tuvieron los pioneros del desarrollo, que tuvo Prebisch, por supuesto en primer lugar, maestro y amigo, que tuvo Singer, que tuvo Rosenthal y tantos otros que fueron rechazando el pensamiento neoliberal o por lo menos apartándolo de la focalización de los temas corrientes para adentrarse en la naturaleza misma de los procesos económicos y sociales de nuestra América en aquel entonces. Quedamos fascinados los estudiantes del momento, porque nos encontramos de repente con una explicación que nos acercaba a la realidad; es decir, descubríamos la realidad.

Así recibimos aquellos mensajes prebischianos: primero cómo el desarrollo estaba inserto en una realidad internacional desigual entre el

centro y la periferia, cómo de alguna manera la falta de tecnología nos hacía alejarnos de la modernización y precisábamos, por tanto, insertarnos en la industrialización a través de la acumulación de capital; cómo debimos desconfiar del mercado, gran hijo de la crisis del 30. Eran hijos del pensamiento keynesiano. Se veían de alguna forma impresionados por el acontecer en este mundo planificado que estaba emergiendo en ese momento. Se nos hablaba de que había que apelar a las raíces estructurales de los problemas, de que había que adentrarse en los problemas de la tierra, en los problemas de las reformas tributarias.

Así fueron surgiendo las grandes recetas del paradigma de aquel momento. Así surgió la planificación, que era el instrumento en el cual se quería de alguna manera introducir al estado. La desconfianza en el mercado nos llevaba automáticamente a pensar en el estado. Creíamos en las instituciones de desarrollo, en los bancos de fomento, los bancos industriales, los bancos agrícolas; eran los instrumentos por los cuales percibíamos que el voluntarismo estatal iba a reemplazar la falta de un mercado vigoroso e imperfecto. Así partió también la reivindicación internacional, porque en ese momento Prebisch nos decía: "Señores, en este mundo desigual en el que estamos viviendo, en el mundo donde las materias primas son penalizadas, es importante que busquemos y pongamos encima de la mesa una conducta internacional que nos permita superar estos problemas. Y de ahí partió la cooperación internacional; de ahí partió la UNCTAD y tantas otras cosas.

Había una visión optimista sobre lo que se podía hacer dentro con el voluntarismo estatal y había una visión pesimista de lo que podía aportar la apertura de los mercados internacionales. Así empezamos a conseguir nosotros el desarrollo económico en aquellos tiempos. No nos fue mal. América Latina creció entre un 5 y un 6% por año y mejoraron los indicadores sociales; pero en esas políticas estaban las semillas de lo que iba a ser en la 2ª etapa el problema del fracaso –o más bien el agotamiento– de aquel modelo que formó con tanto entusiasmo nuestra mente, nuestros espíritus y nuestros compromisos individuales.

2. EL GRAN DESPERTAR A LA REALIDAD INTERNACIONAL

Entonces entramos en las segundas dos décadas, donde conocimos el agotamiento de aquel paradigma y el primer gran impacto de la moderna globalización, que fueron los precios del petróleo y los petrodólares. El agotamiento del modelo nos llevó a despertar en primer término a los peligros de la inestabilidad.

La América Latina se convirtió en aquel momento en la región de la inflación por la falta de cuidado y de respeto por los equilibrios fiscales y las buenas políticas monetarias. Y ahí conocimos un poco cómo el despertar de la inestabilidad llevaba de alguna forma, inexorablemente, a la inflación, este flagelo al que estuvimos condenados por décadas. Desperamos además a la ineficiencia que significaba cerrar la economía frente

al mundo internacional y cómo eso generaba rentas y castigaba a ciertos sectores, y cómo seguramente nos apartó del mundo. América Latina, que suponía el 10% del comercio mundial en el año 50, pasó al 3,5% en los años 70. El espacio que dejamos lo ocuparon otros, sobre todo las nacientes economías de los tigres asiáticos.

En tercer lugar, nos despertamos también frente a los vicios de las políticas sociales populistas, que con las mejores intenciones terminaban dando salud, educación y vivienda a las clases medias y dejaban postradas a las grandes masas empobrecidas y que siguieron creciendo sostenidamente hasta estos momentos actuales.

Yo creo que en todo caso tuvimos en esos términos una serie de factores que nos fueron descubriendo las falencias o las frustraciones que iba dejando el agotamiento de aquel modelo. A eso se agregó el hecho de que los dólares –los petrodólares– inundaron el mundo en desarrollo; nos endeudamos y terminamos en la gran crisis de la deuda de lo que en aquel momento llamamos la década perdida.

¿Qué aprendimos cuando hablamos de subdesarrollo?

Primero, que los balances macroeconómicos son fundamentales para evitar caer precisamente en las crisis inflacionarias destructoras de la economía y de la sociedad.

Segundo, que el encerramiento económico sofoca las energías productivas de una sociedad en el largo plazo, a pesar de que en el corto plazo puede tener las ilusiones que tuvimos todos en algunos momentos.

Y en tercer lugar, aprendimos que un endeudamiento externo hecho en forma descontrolada e insostenible termina siendo una trampa infernal que habríamos de pagar muy caro en los años 80.

Aprendimos otra cosa muy importante también: en algún momento prevaleció en nuestras sociedades la idea de que el autoritarismo en manos militares podía ser una forma de imponer la disciplina sobre la cual construir el desarrollo: grave error. No solamente perdimos la libertad, sino que además perdimos muchas veces y hundimos aún más las economías en la desesperanza y en el estancamiento, con alguna excepción.

3. LA GRAN ILUSIÓN DE LA GLOBALIZACIÓN

Así fue cómo entramos en ese tercer gran periodo que fue el de la década de los 90, que recordaba también mi amigo Manuel Menéndez y Menéndez. Esa fue la década de la gran ilusión, y lo fue alentada sobre todo por dos grandes instrumentos incorporados en nuestra vida:

Primero, el decálogo neoliberal del Consenso de Washington, y segundo, el empuje de la globalización en la que empezamos a insertarnos. Estos dos fenómenos dominaron la década de los 90. Comenzamos

a privilegiar el mercado frente a las tendencias voluntaristas de los años anteriores, y comenzamos además a dismantelar viejos mitos, por ejemplo, la prevención frente a la inversión extranjera. Fueron mitos creados a través de los años. Esas dos cosas, mercado y desmitificación de la inversión extranjera, unidas a la consolidación y la recuperación de la democracia, formaron los grandes parámetros sobre los cuales empezó a circular la región en los años 90.

Utilizamos tres grandes instrumentos en todos los países, de una forma u otra: reconquistamos la estabilidad con la disciplina fiscal y con la independencia del Banco Central. Redujimos unilateralmente el proteccionismo e ingresamos en los grandes esquemas internacionales todos los países: en el GATT, luego en la Organización Mundial de Comercio, y empezamos las nuevas aventuras de la integración de vieja data en América Latina, pero que en los años 90 tuvieron nuevos horizontes con nuevas profundizaciones, como el Mercosur, el Grupo Andino, Centroamérica o el Caribe.

Además iniciamos un proceso de redimensionamiento del estado a través de las privatizaciones. En aquel momento nos pareció –en los años 90– que finalmente habíamos encontrado la receta, el nuevo paradigma final del desarrollo de la región. Eso funcionó bien en algunos países; seguramente Uds les preguntas a los chilenos y les dirían que allí funcionó muy bien; en El Salvador funcionó bien; también lo hizo en mi país hasta la última crisis que importamos de la Argentina. También les fue bien a los mexicanos.

Por tanto, el paradigma no fue fruto de una total frustración. Sin embargo, hoy tenemos 60% de la gente que opina que las cosas van mal o muy mal, y solamente 1 de cada 4 cree que van a ir mejor. Entonces, la pregunta de qué pasó con este nuevo paradigma está verdaderamente encima de la mesa.

Como decía, hemos recuperado la estabilidad, ciertamente; hemos atraído los capitales, ciertamente (solamente España invirtió 70.000 millones de dólares en ese periodo). Pero es también cierto que hemos crecido poco frente a lo que esperábamos: un 3% para América Latina es muy poco, para una región que crece en su población al 1,6%. No es suficiente para los objetivos sociales. Es cierto, además, que la inquietud social es legítima. La pobreza sigue siendo 40% de nuestra población –hablamos de 200 millones de personas– y en los últimos 2 años (baja la pobreza lentamente en los años 90) aumenta 18 millones de personas, entre otras cosas por la crisis que está atravesando la región.

Pero quizá lo que más nos golpeó fue este ingreso en la globalización financiera. El mundo abrió las corrientes financieras de forma espectacular, como no conocíamos desde hace muchas décadas. La América Latina se sumó a ello. Los capitales fluyeron con un enorme vigor a América Latina: los negocios a corto plazo como las inversiones privadas extranjeras.

Sin embargo, entramos en ello sin las necesarias protecciones internas y sin el necesario entorno internacional; es decir, el entorno interna-

cional al que me voy a referir de inmediato. Pero internamente entramos con sistemas débiles –monetarios y sistemas bancarios– sin las necesarias precauciones con respecto a ese ingreso especulativo de capitales.

De pronto, conocimos un fenómeno totalmente nuevo, que es el fenómeno del contagio. Los acontecimientos de México afectaron las Bolsas en Singapur. Los acontecimientos del mundo asiático en Corea afectaron las Bolsas en Buenos Aires. Los problemas de Brasil afectaron las Bolsas en Europa y en EEUU. Es decir, conocimos un fenómeno nuevo para el que no estábamos totalmente preparados, salvo algunos países. Y ese fenómeno tuvo detrás el hecho de que para ese tipo de inserción –no lo vimos en su momento con claridad– debimos tener un mundo distinto; debimos saber dónde estábamos y sobre todo qué mundo íbamos a tener que enfrentar. No tenemos todavía una organización de comercio suficientemente preparada para darnos equidad e igualdad de oportunidades. Estamos todavía sin un sistema internacional de comercio que asegure a nuestros países el acceso a los mercados y sobre todo el hecho de que en este momento mil millones de dólares por día de subsidios al mundo agrícola suponen 360.000 millones de impuestos por año que tiene la producción exportable de nuestros países.

Entonces tampoco tuvimos arquitectura financiera internacional que entrara a poner cierto orden y ciertos semáforos verdes o rojos en estos movimientos erráticos y especulativos de capital. Es decir, nos insertamos en la globalización financiera –e hicimos bien en hacerlo– sin tener internamente los necesarios resguardos y blindajes, sin tener internacionalmente los problemas importantes de un nuevo mundo comercial y de un nuevo mundo financiero.

4. LAS GRANDES LECCIONES

Esos fueron los tres grandes periodos que me tocó vivir con distintos sombreros y con distinto tipo de experiencias. Al cabo de los mismos yo me he estado preguntando: ¿Qué grandes lecciones nos ha dejado ese pasaje, ese deambular de casi 50 años por la búsqueda incesante de nuevos modelos, nuevas experiencias y nuevas soluciones? Yo quisiera resumir en 5 o 6 puntos las grandes lecciones con las cuales yo quisiera dejarles a Uds. este mensaje:

Lo primero es una lección de humildad. En su desarrollo es mucho más complicado de lo que pensamos hace 50 años. No se puede reducir a lo meramente económico. El reduccionismo económico es muy peligroso cuando no se inserta todo esto en una visión social amplia, cultural e internacional. Yo creo que no hay grandes paradigmas. Hay un paradigma incremental que se va beneficiando a medida que los errores se van decantando y construimos sobre los aciertos. Entonces la primera lección es la humildad frente al quehacer económico y a la praxis económica.

Lo segundo es lo que acabo de decir. Es muy difícil –esta es la lección de Prebisch, que sigue estando tan viva como hace 50 años. Vivimos en

un mundo internacional que no ha dado las suficientes garantías para que fructifique en ese mundo la igualdad de oportunidades. Y mencionaba, por tanto, los problemas que surgen: cómo nos abrimos al mundo y qué mundo vamos a encontrar cuando nos abrimos. Yo creo que lo que acabo de mencionar respecto a ese mundo –que no está todavía suficientemente basado en principios de equidad e igualdad de oportunidades– es un factor muy importante en las políticas del desarrollo en el nuestro como en cualquier otro país.

Una tercera conclusión es que los largos años de este deambular nos enseñaron cuáles son los códigos del crecimiento, por supuesto: más ahorro, más inversiones, más exportaciones. Pero sobre todo nos enseñaron algo que ha quedado muy grabado hoy en día en nuestra Iberoamérica, y es que la inestabilidad es mala consejera de cualquier proceso de desarrollo. Yo creo que de alguna forma en eso hemos tenido una buena lección, y todos los gobiernos que llegan hoy a América Latina con banderas progresistas respetan la estructura fiscal, los equilibrios fiscales; es decir, algo hemos ganado. En ese deambular hemos llegado a ver que no se puede jugar con la fiscalidad ni se puede jugar con la moneda.

Además hemos empezado a aprender algo que hoy está creciendo en la región en estos años, y es que junto con los grandes equilibrios macroeconómicos tenemos que buscar qué hacer con lo microeconómico. Y ahí de alguna manera el despertar de la preocupación por la empresa pequeña, media, que junto con la empresa grande hoy forma parte indisoluble de cualquier estrategia de desarrollo. No alcanza ocuparse de los equilibrios macroeconómicos. Hay que ver qué hacemos con esos 50 millones de unidades microempresariales que tenemos hoy en América Latina, cuya productividad es muy baja, y donde hay un inmenso caudal de recursos para construir sobre él.

En cuarto lugar, llegamos a la conclusión –que para Uds en Europa es muy clara, pero que en América Latina no lo era ni lo es tanto– de que el mero crecimiento económico no asegura la equidad y la igualdad social. Yo creo que para eso precisamos reconcentrar en los modelos –en el centro del modelo– la preocupación social.

Vemos con mucha simpatía que el presidente electo de Brasil haya resuelto lanzar un programa de pobreza y un programa contra el hambre. Bueno, ese tipo de cosas hacen bien, porque nos obligan a pensar en términos macroeconómicos para ver cómo esos términos macroeconómicos se insertan en la solución, que es lo que a la gente le preocupa todos los días: la pobreza, el desempleo, la exclusión; todos estos elementos que forman parte de la cuestión social, como se decía hace años.

Yo creo que de alguna forma en todo ese esquema estamos redescubriendo una cosa que es muy obvia con Uds aquí: la importancia de la educación. Leí un informe de la OCDE donde decían que el perfil de distribución que tienen hoy los países europeos es perfectamente compatible con el perfil educativo que tenía Europa en 1850: las mismas distancias que en aquel momento separaban los niveles educativos hoy separan los niveles de renta. Es decir, que esta constatación que parece obvia

pues no lo era tanto, y hoy estamos cada vez más convencidos de que tenemos que pensar que el crecimiento económico y social necesita reforzarse mutuamente.

También estamos descubriendo que sin crecimiento económico no hay solución a los temas sociales. Pero los temas sociales fortalecen el crecimiento económico. Parece un círculo virtuoso que debemos reconocer en nuestras políticas.

En quinto lugar, hemos aprendido a superar la famosa polémica ideológica entre el estado y el mercado. Nosotros creemos en el mercado, capaz de generar la enorme dinámica que Uds conocen muy bien en España, una dinámica creativa, donde el sector privado juega un papel central y donde el sector privado requiere de reglas del juego claras para poder aplicar su creatividad, su ingenio y su capacidad de producción.

Pero precisamos un estado, y ese estado tiene que ser fuerte, que no quiere decir un estado intervencionista ni más grande. Quiere decir un estado regulador, habilitador con la educación y la tecnología, y un estado compensador de los sectores desposeídos en la sociedad. Precisamos todo eso, compatibilizarlo, y afortunadamente yo creo que esa lección está clara en el acervo de nuestras experiencias pasadas.

Aprendimos además otra cosa que en su desarrollo son instituciones. Eso lo ha dicho Stiglitz, el reciente Nobel de Economía, de forma muy clara: precisamos de instituciones públicas y privadas; precisamos un estado organizado; precisamos gobiernos regionales y subregionales organizados; precisamos un sistema judicial que funcione, que sea transparente y que permita la santidad y la respetabilidad de los contratos. Creo que eso es fundamental, y hemos visto recientemente cuánto cuesta el perder la confianza en el sistema judicial de un país. Yo creo que en todo esto, instituciones forman uno de los paquetes centrales de las conclusiones a las que estamos apelando.

Por último, yo diría, se requiere de la política, porque estamos hablando de política en el sentido más amplio. Se requiere modernizar la política, el ejercicio de la política. Esto desde luego interpela a los partidos como interpela a los líderes en la América Latina de hoy; los nuevos tiempos complejos de un mundo integrado, con grandes oportunidades pero con grandes peligros; de un mundo con un subdesarrollo, con una sociedad mucho más activa que nunca: la gente en la calle reclamando sus derechos, justos o injustos, pero reclamando. Es un nuevo hecho que tenemos en América Latina: las calles de Buenos Aires, de Quito, de Caracas; son todos elementos que muestran una sociedad dinámica que no habíamos tenido nunca con ese vigor. Eso exige una calidad de la política. Eso interpela a los políticos; eso interpela además a la transparencia; es muy importante la transparencia, la lucha contra la corrupción. O la democracia termina con la corrupción o la corrupción termina con la democracia.

Y yo creo que es muy importante recordar esas lecciones de vez en cuando, porque me parece que van formando parte de esas experiencias

que se van decantando en el devenir de tantos años de experiencias buenas y malas. Yo añadiría en esto de la calidad de la política el hecho de aprender a participar para dejar participar a la gente, que el ciudadano se sienta de alguna manera formando parte de su agenda, y no recibéndola solamente desde arriba.

Quisiera terminar haciendo una referencia final que siempre me gusta hacer en estos casos. El fundador de la moderna economía, Adam Smith, antes de enseñar economía enseñaba ética, moral. El sistema económico y social tiene hoy enormes potencialidades de darle al hombre lo que nunca tuvo en el pasado, que es un bienestar material extendido a todos los habitantes del planeta. Pero eso tiene que insertarse en una visión ética de la sociedad y un respeto por las culturas. Yo creo que de alguna manera en este momento en que se glorifica el mercado, y con razón, por sus logros, tenemos que recordar que es muy importante, como decía Michel Camdessus, la mano invisible del mercado por lo que es capaz de crear.

Pero junto con ello también tenemos que pensar en la mano visible de la justicia y en la mano visible de la solidaridad, esa solidaridad de la que habla Juan Pablo II en la *Centesimus Annus*. Es la solidaridad de la que nos habló Octavio Paz cuando recordaba los grandes bastiones de la Revolución Francesa: la igualdad, la libertad y la fraternidad. Nos decía que el siglo XIX fue el siglo de la libertad; el siglo XX es el de la búsqueda afanosa de la igualdad a través de la justicia social; el siglo XXI deberá ser el que privilegie la fraternidad; es decir, la solidaridad, solidaridad dentro de los países y solidaridad entre los países.

Esto implica desafíos enormes, porque implica vencer muchas de las tendencias de la sociedad: el vacío, el individualismo y tantas cosas que hoy golpean la conciencia crítica del mundo, un mundo que se nos está abriendo cada vez más, en desigualdad y en distancias.

Si hoy estamos queriendo aceptar ese terrorismo que nos conmueve todas las mañanas cuando leemos la prensa, tenemos que pensar que además de luchar contra ese flagelo de la demencia que hoy golpea el mundo, tenemos que golpear también el otro costado, que es darle al mundo justicia, oportunidades... no caridad. La caridad es hija del amor. La solidaridad es hija de la justicia. Yo creo que es en ese tipo de elementos en que tenemos que asignar y asentar nuestro futuro.

Yo diría: nosotros que somos parte del mundo hispánico, que llegamos tarde a la modernidad de otras tierras, quizá tengamos la capacidad –a partir de los valores de esta Hispanidad que gracias a Dios tenemos, esos valores ancestrales que se han ido decantando a través de los siglos– quizá podamos construir con un poco de imaginación un mundo un poco distinto, basado precisamente en esos principios de solidaridad.

Mencionaba mi amigo Manuel Menéndez a D. José Medina Echevarría, con lo que quisiera terminar. D. José Medina Echevarría fue un gran español, abogado a Cortes en los años 30. Llega a México, donde funda la escuela sociológica de América Latina. Es el sociólogo fundador de la sociología económica en nuestra región.

Un día, conversando con él, apenas llegado a la CEPAL, le digo: "D. José, ¿qué es para Ud el ideal hispánico, cuáles son los ideales de la Hispanidad?". Recuerdo algunas de las cosas que me dijo para dejarlas con Uds. Me dice: "Mire, Iglesias –se hablaba de apellido en esa época, como corresponde en España con muchos apellidos– el ideal hispánico era Manrique, que nos recordaba la verdura de las eras, todo lo perecedero de los trabajos humanos que le deparaba su formación religiosa. El ideal hispánico era Luis de León, con su mensaje horaciano de la sencillez, que quizá –me decía– aplicado a nuestros tiempos podría acotar un poco esta ansiedad consumista que hoy permea todo el mundo". Me decía: "El ideal hispánico es reivindicar el respeto por la naturaleza que hoy conmueve a los ecologistas de todo el mundo, y que nosotros hemos reconocido en alguno de nuestros grandes hombres: Machado, Unamuno, Maravall, que no solamente veían la naturaleza como un objetivo importante para dejar a las próximas generaciones, sino también con el mero objetivo de la contemplación estética, a lo que el hombre hispánico ha estado siempre adherido". Decía: "El hombre hispánico es el hombre que tiene piedad por el pasado, que reconoce sus ancestros, su familia, sus orígenes". Me recordaba a Francisco Giner de los Ríos, un hombre nada conformista, por cierto, y que sin embargo en sus afanes pedagógicos recordaba precisamente su reverencia ante el pasado, como uno de los grandes activos que nosotros y nuestra cultura hispánica tenemos que reivindicar.

Me recordaba además lo importante que para nuestra cultura hispánica era el desencanto con respecto al poder. Recordaba a Saavedra Fajardo y a Ortega, y decía: "España, que todo lo tuvo y todo lo perdió, sabe lo peligroso que es enamorarse del poder". Y también decía: "El ideal hispánico es enfrentarnos a los maquiavelismos del momento, siempre prefiriendo la moderación y el logro de lo posible ante lo imposible, como nuestro Jovellanos lo dejó tan patente en su obra".

Cuando yo recuerdo estas lecciones del viejo maestro, recuerdo lo que terminaba diciendo al hablar precisamente de desarrollo y de calidad de vida, lo que yo quisiera dejar con Uds.: "El fin último del desarrollo quizá sea el Quijote, que en el momento final de su sublime locura quería ser sólo Alonso Quijano el Bueno". Me dejó una carta que siempre guardo como preciado tesoro. Dice: "Cómo realizar la calidad de la vida, si esta no nos permite ser nosotros mismos por encima de todo lo demás". Y en esa casi humilde virtud de la bondad, sin la que todo lo social es perecedero, aun en medio de sus más portentosos logros materiales y técnicos, ésta sería la suprema tarea que los miembros de nuestra gran comunidad de pueblos hispánicos desearíamos ver dispuesta y pronta en esta vieja tierra. Si no se consigue con su ayuda, se malograrían como inútiles todos los esfuerzos por participar de esta modernidad a la que fuimos desgraciadamente tan esquivos; conseguir un mundo que nadie pueda ver como un oasis de horror en un desierto de tedio, porque conservamos la capacidad estética de admirarnos ante todas y cada una de las maravillosas criaturas que nos rodean, la que sentía Fray Luis de Granada entre pájaros y flores, prados y estrellas. Buena lección del viejo maestro. Muchas gracias.